

Mick, que conocía la California, nos contó maravillas de este delicioso país, de sus riquezas naturales y de su clima suave, de sus espléndidos bosques de encinas y de sus montañas más grandiosamente hermosas que cuantas se admiran en los Estados Unidos.

La alegría y las esperanzas lisonjeras se enseñorearon de nuestros corazones: ¡tan lejos estábamos de imaginar siquiera las desgracias que nos esperaban antes de pisar aquella tierra de promisión!

Al partir agitamos largo tiempo gorras y sombreros, dando á nuestros amigos y protectores nuestro postrer adiós.

Este día quedó indeleblemente grabado en mi corazón, porque después de la comida, mi Lillián, la estrella querida de mi existencia, acercándose sus labios al oído, ruborosa, temblando de emoción y hablando quedo me confió un secreto. Oí la feliz confianza, caí á sus piés y llorando de alegría le cubrí las manos de besos y de lágrimas.



CAPÍTULO OCTAVO

ALAS dos semanas de marcha, habíamos cruzado el Utah. Esta parte del viaje, aunque difícil, se hizo con mayor rapidez que las anteriores. Nos faltaba aún salvar la parte oriental de los montes Roqueños, donde se extiende el desfiladero llamado Wasatch Range. Dos caudalosos ríos, el Greem y el Great River, que al unirse forman el inmenso Colorado, y sus numerosos afluyentes, cortan las montañas por todos lados y dificultan el paso del viajero. Avanzando por donde podíamos llegamos, al cabo de algún tiempo, á Utah

Labre, donde empiezan las tierras de sal. Entonces se extendió ante nosotros un país extraordinario, triste, monótono, de grandes valles, circundados de altas rocas. A unas montañas sucedían otras, siempre semejantes, sin variación alguna. Y su vista nos causaba extraño entumecimiento, y nos parecía hallarnos en los desiertos bíblicos. Los lagos son salobres y sus orillas estériles. La tierra contiene sal y potasa. La cubre una vegetación gris de largas hojas, que al ser rotas despiden un polvo blanco semejante á la sal. El viaje es extenuante. Nuestras fuerzas decrecen, y se enseñorean de nuestras almas tristes pensamientos de muerte.

Pronto mis hombres miraron con estoica indiferencia cuanto les rodeaba. Pasamos Utah, y la aridez de aquellas tierras continuaba siendo horrible. Entramos en la Nevada, ¡y siempre igual! Era tan ardiente el sol que nuestras cabezas hervían. De la blanca capa de sal que cubría la tierra, desprendíanse reflejos tan vivos que nos deslumbraban, y enrarecía el aire un polvillo finísimo que inflamaba los párpados. De vez en cuando un animal de tiro caía víctima de un ataque de insolación para no levantarse jamás. No obstante, la mayoría de los emigrantes se animaba pensando que dentro breves días aparecería en el horizonte la Sierra Nevada,

y tras ella la anhelada California. Pero pasaban días y semanas, y las penalidades aumentaban. En el decurso de una semana fuimos obligados á abandonar tres carros por carecer de animales de tiro.

¡Oh! ¡era una tierra de desgracia y de miseria! En la Nevada el terrible aspecto de la peste vino á aumentar nuestras desgracias, sentando sus reales en la infortunada caravana.

Una mañana mis hombres me anunciaron que Smith estaba enfermo: fuí á visitar y vi con horror que el tifus había herido al viejo minero. En esos climas terribles, el trabajo excesivo y el reposo escaso desarrollan los gérmenes de esa enfermedad. Lillián, á quien Smith amaba cual si fuera su propia hija, se empeñó en cuidarle.

Viva inquietud me causó su empeño, pero no podía impedirle el ser buena cristiana. Pasó en el carricoche del anciano días enteros, y le veló las noches en que era mayor la gravedad. Sus tías Atkins y Grosvenor imitaron su ejemplo. El segundo día de la enfermedad perdió el conocimiento, y el octavo murió en brazos de Lillián. Yo mismo cavé su sepulcro, y lo deposité en él derramando lágrimas sobre los restos del que había sido siempre no sólo mi ayuda y mi brazo derecho, sino un verdadero padre para Lillián y para mí. Alentábamos la esperanza de que

después de sacrificio tan doloroso Dios se apiadaria de nosotros; pero aquella fué la primera de una larga serie de pruebas: apenas enterrado Smith, se sintió enfermo otro minero, y de entonces no pasó día sin que un nuevo atacado aumentara el contingente... Así avanzábamos tristemente á través del desierto, y el tifus nos seguía incansable sin nunca saciarse de víctimas. La enfermedad atacó á tía Atkins: gracias á los desvelos de Lillián pudo vencerse.

Mientras Lillián asistía á los enfermos, pasaba yo angustias de muerte, avanzando solo, rodeado de densas tinieblas, al frente del convoy. Apoyada mi cabeza en la palma de la mano, la estrechaba con fuerza y elevaba á Dios una plegaria ardiente, febril. Le pedía se apiadara de ella, sin nunca atreverme á pronunciar el «Hágase tu voluntad y no la mía.» A veces, durante la noche, me despertaba de súbito y saltaba del lecho: soñaba que la muerte abría la puerta de mi carricoche y que venía á arrebatarme á Lillián.

Las horas que pasaba lejos de ella eran para mí horas de ansiedad y tormento; sentía la soledad del que vive lejos de cuanto ama. Lillián había resistido todas estas pruebas. Veía á los hombres más robustos caer. Cierto que había enflaquecido, que bañaba su rostro triste palidez pero con-

servaba una robustez relativa é iba de carro en carro animosa y alegre. Ni me atrevía á preguntarle por su salud; sólo anhelaba colmarla de atenciones, hacerla un poco menos desgraciada, y anhelaba también hablarle, confiarle mis temores; pero algo extraño oprimía mi garganta con fuerza tal, que no lograba pronunciar palabra.

Pasamos días: gradualmente la esperanza fué renaciendo en mi corazón, y ya no oía resonar junto á mis oídos aquellas terribles palabras de la Biblia: «El que adorare y sirviere á la criatura más que al Criador...» Llegábamos á la parte occidental de la Nevada, donde, salvada la ancha faja de los lagos secos, acaban la tierra de sal y las rocas desnudas. Dos días llevábamos sin deber lamentar nuevos enfermos. Me alegré pensando que nuestros males habían concluido, y ¡cuánto nos convenía que así fuese! Nueve de mis hombres habían muerto, seis seguían enfermos, y además el contagio había quebrantado no poco la disciplina. De los caballos apenas quedaba uno vivo, y las mulas parecían esqueletos.

De los cincuenta carricoches que contábamos al abandonar el campamento de verano, sólo treinta y dos rodaban á través del desierto. El bosque estaba lejos, y temiendo separarse excesivamente de la caravana y no poder ser socorrido en caso de necesidad,

nadie salía á cazar y nuestras provisiones disminuían. Deseando economizarlas pasamos una semana comiendo ardillas de tierra negra, pero su pésima carne nos disgustaba en extremo, y lo peor del caso era que ni aún aquella desagradable comida lográbamos procurarnos en cantidad suficiente.

Pasados los últimos lagos secos abundaron más la caza y la hierba. Volvimos á encontrar indios, y contra su costumbre nos atacaron en pleno día y en medio de la llanura. Durante el combate recibí un hachazo en la cabeza, y fué tal la herida, que, por efecto de la sangre perdida, la tarde de aquel día infausto sufrí un desvanecimiento. Debí permanecer tres días tendido en el carricoche, días felices porque ella, mi esposa, no se separó un instante de mi lado, y me curaba la herida y me atendía cual la más amante de las madres al más querido de sus hijos. Al tercer día creí poder montar á caballo, pero mis deseos me engañaron. Entonces comprendí cuánto habían quebrantado mis fuerzas las continuadas fatigas y cuán grande era mi debilidad. Había enflaquecido extraordinariamente, lo que hacía padecer á Lillián las mismas inquietudes que antes yo padeciera por ella. Al fin cesaron los desvanecimientos, y pude montar el único caballo que nos quedaba y dirigir rápidamente la caravana, pues á forzar la marcha me obliga-

ron señales extrañas, síntomas alarmantes. Sufriamos un calor casi sobrenatural, y ardía el aire cual hálito de inmensa hoguera. El horizonte era triste y sombrío. Cubría el cielo densa humareda gris. De los animales de tiro se apoderó un decaimiento insólito, y respiraban penosamente abierta la boca, levantada la cabeza, cual si buscasen aire más puro... Y nosotros respirábamos fuego.

Creí que la causa del calor era el viento que venía del desierto de Gila, viento cuyos efectos extraordinarios, ya en el Este me ponderaron. Sin embargo en la llanura reinaba la calma, y no se agitaban ni hierbas ni flores.

Al morir la tarde, el sol se escondía rojo cual mancha de sangre, y sucedíanse noches sin estrellas, tan oscuras que daban horror. Los enfermos pedían á gritos agua, y los perros aullaban toda la noche. Me aventuré algunas millas para cerciorarme de que la llanura no ardía, y vi que eran infundados mis temores. Me tranquilicé, convencido de que el humo procedía de un incendio extinguido.

Un día me asombró ver liebres, antílopes, búfalos y hasta ardillas precipitarse hacia el Este cual si huyeran de la California, á la que nos dirigíamos á costa de tantas fatigas. Pero como aquel día fuese más puro el aire y menos intenso el calor, supuse que

habiendo un incendio arrasado aquellas tierras, huían á otras en busca de alimento.

Nos precisaba avanzar hasta el teatro del incendio, y ver si podíamos cruzarlo ó si nos forzaba á nuevo rodeo. Según mis cálculos nos hallábamos á trescientas millas de Sierra Nevada, ó sea á unos veinte días de marcha regular. Resolví llegar hasta ella, haciendo un postrer esfuerzo que, de no justificarlo la necesidad, hubiera sido inhumano exigir de mis hombres extenuados. Viajábamos de noche, porque durante el día el calor era insoportable.

Una noche no pudiendo tenerme á caballo por causa de mi debilidad y de mi herida, me había sentado en el carricoche al lado de Lillián. De súbito me sorprendieron el extraño rechinar de las ruedas y los gritos de «¡Alto!» repetidos de un extremo á otro del convoy. Salto del carro, y á la luz de la luna veo á los carreteros inclinados examinando la tierra con atención.

Al verme uno grita: «¡Capitán, andamos sobre carbón!» Me inclino y toco la tierra, y... en efecto, avanzábamos sobre una llanura incendiada. Mandé detener la caravana y esperar la salida del sol.

Al amanecer, un espectáculo maravilloso hirió nuestros ojos: la llanura que se extendía hasta confundirse con el horizonte era toda negra: no sólo arbustos y hierbas ha-

bían sido quemados, sino que también la tierra era tan negra y tan brillante, que en ella se reflejaban como en un espejo las piernas de los caballos y las ruedas de los carricoches.

No podíamos ver los límites del incendio, pues el humo cubría el horizonte; pero sin titubear di orden de retroceder hacia el Sud. Sabía por experiencia qué era viajar por tierras incendiadas, donde no se encuentra ni una hierba para las bestias. Viendo que el fuego empujado por el viento se había extendido hacia el Norte, esperaba que dirigiéndonos hacia el Sud halláramos tierras más hospitalarias.

Mis compañeros me obedecieron, pero con recelo, pues sólo Dios sabía cuánto retardábamos el término del viaje. Al mediodía, durante el alto, disminuyó el humo, pero el calor fué tan excesivo que á duras penas podíamos respirar: de súbito se operó un cambio maravilloso.

La niebla y el humo se desvanecieron y, cual mágica evocación, surgió ante nosotros la Sierra Nevada, verde, sonriente, vestidas de nieve sus cimas altivas, tan cerca que distinguíamos las fragosidades de las montañas, los lagos sonrientes, los bosques vestidos de primavera. Nos parecía que una brisa fresca, perfumada por los bosques de abetos, venía á besar nuestras frentes cru-

zando los campos quemados, y que á las pocas horas alcanzaríamos las colinas floridas.

Al verlas mis hombres, extenuados por las miserias de aquel desierto, no cabían en sí de contentos. Unos cayeron de rodillas llorando de alegría, otros elevaban sus brazos al cielo y reían con risa de histéricos, otros palidecieron y no lograron articular palabra.

También Lillián y yo lloramos de alegría; pero yo sin acertar á volver de mi asombro, pues según mis cálculos al menos distábamos de California ciento cincuenta millas. Y sin embargo no había duda, las montañas estaban allí ante nosotros, y nos sonreían á través de los campos negros, y parecía que compasivas se acercaban y cariñosas se inclinaban para consolarnos, y nos invitaban á correr hacia ellas.

No habían transcurrido las horas del descanso, y ya mis hombres no querían ni oír hablar siquiera de alto más largo: hasta los enfermos, á través de la tela que cubría los carros-hospitales, alargaban los brazos y extendían las manos suplicándonos engancharíamos los mulos y prosiguiéramos la marcha.

Animosos emprendimos el camino, y al triste gemir de las ruedas sobre la tierra carbonizada, respondían chasquidos de látigos, y gritos y cantos.

Viajar sobre tierra ardiente era en aque-

llos momentos un juego, una alegría, porque á pocas docenas de millas estaba California, la tierra de hermosas montañas nevadas... Y seguimos adelante sin desfallecer. De súbito el humo cubrió otra vez aquella visión espléndida. Pasaron horas, el horizonte se vistió de púrpura, murió el día, apareció la luna y la noche extendió sobre los campos negros su manto de misterios.

Brillaban en el cielo las estrellas, y seguíamos avanzando siempre, sin parar ni un instante para cobrar aliento. Era evidente que las montañas estaban más lejos de lo que creíamos. La media noche sería cuando los mulos empezaron á relinchar y á pararse. Una hora después la caravana se detuvo, porque la casi totalidad de los mulos habían caído extenuados. Los hombres se empeñaron en hacerles levantar, pero fué en vano. Aquella noche nadie durmió. Al despuntar el día clavamos con ansiedad loca la mirada en el horizonte, y... nada. Hasta donde la vista alcanzaba se extendía un desierto, triste, sombrío, monótono, limitado por una línea negra que cortaba el horizonte. De las montañas de la víspera sólo quedaba el recuerdo.

Los hombres estaban atónitos. Entonces comprendí que habíamos sido víctimas del espejismo... y temblé. ¿Qué hacer? ¿Seguir adelante?... La llanura ardiente se extendía